



REVISTA DE INSTRUCCIÓN Y MORAL
DIRIGIDA POR

DON JOSE NOVIL Y PEREDA

REDACTOR EN JEFE

D. A. CARRASCO Y ALVAREZ

Año VI

Madrid 1.º de Marzo de 1883

Núm. 105

SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña.—II. El despertar de la aurora.—III. Cuentos de Hadas.—IV. La Caridad.—V. Nuestro grabado.—VI. Poesía de la Infanta doña Paz.—VII. Extracto del discurso del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, leído en la Real Academia Española.—VIII. Fábula.

LA EDUCACIÓN ⁽¹⁾

CARTAS Á UNA NIÑA

V

EL TEATRO

Mi querida amiga: Contando siempre con tu benevolencia, me propongo ahora hacer algunas escursiones por el campo de la Poesía dramática, para poder llevar á tu inteligencia el verda-

(1) En el número anterior se cometió una importante

dero concepto de este Arte y sepas apreciar luego el influjo que ejerce en las costumbres sociales, á fin de que todo esto contribuya á que nos formemos una idea más ó menos exacta del Teatro en general, principal objeto de mis investigaciones al emprender el modesto trabajo á que doy comienzo desde hoy.

Y, como la Dramática es uno de los géneros en que se divide la Poesía, preciso se hace saber ántes en qué consiste ésta y cuál sea su fin inmediato y propio, aunque tengamos que tratar tan capital asunto muy lijamente y como de pasada.

La Poesía es *el Arte cuyo fin esencial es la realización de la belleza por medio de la palabra.*

Decimos la *realización*, y no la expresión de la belleza, porque el artista no sólo reproduce la belleza que encuentra en los ob-

omisión en el artículo del Sr. Carrasco, que no puede pasar desapercibida. En la plana primera, tercera columna, línea 9.ª y 10.ª dice: «paseo por el romanticismo», y debe leerse *paseo por el clásico jardín del romanticismo.*

jetos que se ofrecen á su contemplación, sino que en ocasiones reúne materiales que en sí mismos no son bellos, los combina acertada y metódicamente, y de esta sabia elección y distribución armónica de las partes, resulta la belleza del conjunto, cuya presencia produce en nuestro ánimo esa impresión agradable y desinteresada que se denomina *emoción estética*, sin la cual ni el Arte se concibe, ni es posible que exista la Poesía.

El artista, pues, no copia ó reproduce siempre lo que de bello tienen los objetos: á veces crea él mismo la belleza, puesto que los materiales que emplea carecen de esta cualidad, y su obra, mirada en conjunto, es agradable, interesante, bella.

El fin esencial de la Poesía es, como hemos dicho, la realización de la belleza, si bien puede proponerse otros fines secundarios que deben estar subordinados á aquél: lo que no es bello no es artístico; lo que no contiene ese algo misterioso é inefable, ese *quid divinum* que origina en nuestra alma la emoción estética, no merece el calificativo

de poético, en el sentido que venimos dando á esta palabra.

Con estos antecedentes podemos ya establecer la división más fundamental que suele hacerse de la Poesía, división que está basada en la misma naturaleza de las cosas, en la realidad que al poeta inspira y en la esencia de la concepción poética. En efecto, el poeta tiene que comenzar forzosamente su obra inspirándose, ó en los objetos exteriores cuya contemplación excita sus facultades, ó en las ideas y sentimientos que le animan: la fuente de la inspiración ó está fuera ó dentro de nosotros, ó corresponde á la realidad exterior ó al mundo interior de la conciencia.

Si el poeta se pára á contemplar los objetos de la realidad externa y reproduce la belleza que en ellos encuentra—ó bien la crea él mismo, según dejamos dicho—entonces sus producciones pertenecen á lo que se ha dado en llamar Poesía *objetiva*: si el poeta, en vez de fijar su atención en los objetos exteriores, vuelve sobre sí mismo, examina los fenómenos que se suceden en el mundo del espíritu, expone los sentimientos que agitan y conmueven su alma, y como consecuencia de este estudio interior y reflexivo, produce una obra de arte, en este caso su producción corresponde á lo que se denomina Poesía *subjetiva*.

Y siempre tiene que inspirarse ó en la realidad externa ó en algo que él lleva dentro de sí mismo.

Dos son, pues, las esferas del arte: la exterior, ú objetiva, y la interior, ó subjetiva. Pero esta conclusión, con ser evidentemente cierta, no ha de entenderse de un modo absoluto: las dos esferas del arte se corresponden y compenetran mutuamente de tal modo, que en lo subjetivo hay algo de objetivo y algo de subjetivo en lo objetivo. Porque el poeta influye sobre la realidad, y la realidad, á su vez, sobre el poeta; no es un sér aislado é independiente en el mundo, sino que tiene que vivir en relación con otros seres; así es que al cantar lo exterior no puede prescindir de su personalidad, y al exponer los afectos que embargan su ánimo, las penas que le afligen, las dudas que le asaltan, no puede menos de referirse á objetos exteriores, relacionarlas y hasta compararlas con éstos.

Es más propio, por tanto, llamar á esas dos manifestaciones del Arte que nos ocupa Poesía *predominantemente* objetiva á la una y *predominantemente* subjetiva á la otra, como las ha llamado un eminente literato y profundo pensador en sus *Principios generales de Literatura*.

En rigor, estos son los dos géneros poéticos fundamentales: el objetivo, que representa el mundo exterior, y el subjetivo, el interior ó de la conciencia; pero todos los preceptistas admiten un tercer género compuesto (objetivo-subjetivo), á que se dá el nombre de Poesía *dramática*, y que es la misma Poesía objetiva, caracterizada por cierto predominio del elemento lírico.

Según esto, son tres los principales géneros poéticos: el objetivo, ó Poesía *épica*; el subjetivo, ó Poesía *lírica*, y el compuesto, ó Poesía *dramática*, que aunque puede considerarse en cierto modo como no fundamental, es, sin embargo, el más importante de todos ellos, porque representa el cuadro acabado y completo de la vida humana.

Hay otros géneros secundarios ó *mixtos*, llamados por algunos *de transición*, y que pueden reducirse á la *Sátira*, la *Bucólica* y la *Novela*.

De este último, y de su influjo social, ya te hablé con la debida extensión en mis dos últimas cartas. Ahora toca su turno á la Poesía *dramática*, cuyo medio de representación es el *Teatro*, denominado por unos *escuela de las costumbres*, y considerado por otros como *foco* de corrupción que contribuye poderosamente al desenfreno y ceguera de las pasiones. Ya veremos la parte de error y de verdad que indudablemente contienen estas dos afirmaciones, y cuál de ellas es más verdadera, dada la índole que reviste el Teatro en nuestros días.

He manifestado antes que la Dramática es quizá el más principal de los géneros poéticos, porque es también el que representa más fiel y exactamente los caracteres de la vida humana.

Con efecto, la vida no es una serie de hechos que se realizan en el mundo externo, siquiera tengan alguna relación con los fenómenos que se verifican en nuestro espíritu: no es tampoco la exposición de la personalidad del poeta, su propia individualidad más ó menos relacionada con los objetos exteriores: esto no es la vida, no es la totalidad de la vida humana, que participa á la vez de lo objetivo y subjetivo, de lo interior y exterior estrechamente relacionados y formando unidad armónica y completa. Tal es el carácter de la vida presente, que halla su forma adecuada y propia en la Poesía dramática, que es *la expresión de la belleza objetivo-subjetiva*, ó mejor, *de la belleza de la vida humana, mediante la representación de una acción que se manifiesta con todos los caracteres de la realidad*.

Lo que distingue esencialmente á la Dramática de los demás géneros poéticos es su forma especial ó *la representación*, para lo cual se vale del *aparato escénico* y de los artistas, personajes vivos y reales que ocupan el lugar de los ficticios de la obra, representándolos con sus vicios y virtudes, sus pasiones y caracteres, para dar realce, y animación, y vida á la creación del poeta por medio de la palabra, los movimientos, los gestos, etc.; todo lo cual se conoce con el nombre de *Declamación*, que comprende la *Mímica* y *Pantomima*. Contribuye también al arte *escénico* la *Pintura*, la *Escultura*, la *Indumentaria*, el *Mueblaje*, y, aún á veces, la Música y el Baile.

Tal es el concepto de la Poesía *dramática* y de su medio de representación, que he procurado llevar á tu inteligencia de la

manera más clara y empleando el lenguaje más sencillo posible. Réstame hablar ahora de su importancia social y de la influencia que ejerce en las costumbres.

Pero esta es tarea que desempeñará en otra carta tu mejor amigo

A. Garmasco y Alvarez

EL DESPERTAR DE LA AURORA

TERMINABA la noche. El inmenso manto de estrellas que envolvía la celeste esfera iba disipándose en girones brillantes, y allá, por el Oriente, ancha y luminosa faja teñía los objetos de un vivísimo color rosa.

Majestuoso silencio reinaba por dó quier, y las altas copas de los árboles, tenuemente columpiadas por embriagadora brisa, semejaban penachos de largas y ondulosas plumas.

Las cumbres de las escarpadas sierras aparecían entre las brumas del horizonte coronadas por ligeras nubes, que de finísimo encaje parecían, mientras el blando susurro de las hojas se mezclaba á los sonoros murmurios de arroyuelos miles, que en sus limpios y transparentes cristales comenzaban á copiar las plantas aromosas de la orilla.

La luna oscurecíase melancólicamente, como abandonando triste el dominio que la soledad de la noche le aseguraba, y en sus postrimeros rayos, reflejados en cien superficies, parecía arrojar lágrimas de sentimiento que, detenidas en la finahierba de los prados y en las cerradas corolas de las flores, semejaban pequeñas y brillantes perlas de valor inestimable.

Las náyades y sílfides que alegres retozaban en las cristalinas linfas, recogiendo sus flotantes y vaporosas vestiduras, húndense en los abismos de sus acuáticos palacios, contruidos entre bancos de coral y concha, causando momentánea y ruidosa confusión en los líquidos dominios del glacial Neptuno.

Colúmpianse los sátiros en las ramas de copudos álamos y suenan los delicados acordes de la flauta, tañida por Silvano en la espesura.

Abren sus cálices las flores como enamoradas vírgenes, recibiendo en su oloroso y delicado seno las tenues caricias del rocío matutino, y el aura se embalsama con las emanaciones perfumadas de la rica y feraz Naturaleza.

El pausado y monótono són de las esquilas anuncia el movimiento en los apriscos, y el alegre campanileo que sale de las casas de labor dán indicios de que, tras el cotidiano reposo, vuelven á su vida laboriosa campesinos y pastores.

Riquísimas y variadas armonías, ento-

nadas por alados cantores, forman un concierto inimitable, y el sér humano que presencia tan maravilloso cuanto espléndido espectáculo, eleva desde lo más íntimo de su alma los perfumes de la oración que, envuelta entre las blancas espirales de las nubes, va al Trono del Eterno.

El sol, elevando majestuosamente su dorado disco por entre los afligranados vapores de la sierra, presta mayor encanto y animación al sorprendente fenómeno de la aparición del día.

Muchas veces he admirado las mágicas bellezas de la aurora, sintiendo dilatarse el alma dentro de mi sér, y siempre disfruté placer desconocido.

Hoy, que, por desgracia, presencio pocas ó ninguna vez esa manifestación espontánea y gratuita de la madre común, gozo solamente al recuerdo de aquellas felices horas trascurridas brevemente en las deliciosas vegas de mi país natal.

Ismael Montesinos y Soto

CUENTOS DE HADAS

LA FUENTE DE PERLAS

(CONCLUSION)

A sí, hecha la paz, volvieron á jugar y fueron tan felices como lo habían sido.

En cuanto la Princesa tomó la perla del Reyezuelo, envió á buscar al joyero de la corte, y se la dió para que la engarzase, porque se proponía usarla el día de la boda.

El joyero dijo que era la perla más fina que había visto, con lo que la Princesa, en vez de contentarse, sólo pensaba ya en la posesión de todas las perlas de la fuente.

Pasó despierta la noche, y estaba resuelta á encontrar la fuente y tomar algunas perlas del Hada.

—Élla tiene tantas, pensaba la Princesa, que no debe impedirme tomar unas pocas; y entónces será delicioso el oír hablar de mí como de una Princesa que tiene tantas perlas y que se casa con el Rey de las islas de Diamante!

El Reyezuelo estaba impaciente por ver al Hada aquel día. Tomó su vuelo ántes que otras veces; pero la Princesa, que lo había estado espíando desde la mañana, lo siguió á distancia, entró en el bosque detrás de él, y deslizándose por entre los árboles, pronto encontró la fuente de las Perlas, y vió al pájaro y al Hada jugando juntos.

Al fin, el pájaro se fué, y el Hada, que se hallaba rendida, se acostó en el musgo para dormir.

La Princesa esperó un rato, y luego se deslizó silenciosamente de puntillas hasta el

borde del estanque de mármol, y juntando ambas manos, cogía las perlas conforme iban cayendo.

Cuando tenía las manos llenas, las echaba en el musgo, y volvía á empezar, hasta que reunió un gran montón de ellas.

Pero el Hada, que las había ido contando en su sueño constantemente, viendo que las perdía, se levantó de repente, y dijo:

—¿Quién me roba mis perlas?

La Princesa se asustó tanto, que no tuvo palabra que contestar, y el Hada dijo otra vez con la misma agria voz:

—¿Qué os trae aquí?

—Yo quiero algunas perlas de la fuente, contestó la Princesa.

—Y ¿quién os habló de la fuente de las Perlas? preguntó el Hada.

—El Reyezuelo me habló de ella.

—Y vos, ¿quién sois? preguntó el Hada.

—Yo soy la hija del Rey, dijo la Princesa, y voy á casarme con el Rey de las islas de los Diamantes; y como vuestra fuente está en los dominios de mi padre, creo que podeis darme algunas perlas como regalo de boda.

—No tendréis ni una perla de mi fuente, dijo el Hada. Yo las guardo todas ellas para mí; pero volved por donde habeis venido, y paraos al pié de la roca, á la derecha al salir del bosque. Vereis allí rodar las perlas por sus lados. Podeis cogerlas. Son pequeñas, y no intento privaros de que las tengais.

—¿Podré cogerlas todas? — preguntó la Princesa.

—Todas—replicó el Hada; —pero tened presente que sólo de una vez, y aunque podeis estar allí todo el tiempo que querais, y llevaros las que podais coger, no penseis volver otra vez, porque no obtendreis una perla más.

Aunque la Princesa conoció que el Hada estaba muy incomodada, para prometerse obtener algunas perlas gruesas, también pensó que las perlas pequeñas eran mucho mejor. Así es que, dándola las gracias, volvió á tomar el camino que había traído.

Élla encontró la roca á su derecha, justamente en el lindero del bosque, y en efecto, allí había preciosas perlas rodando por los lados y brillando blancas y transparentes á la luz del Mediodía.

La Princesa empezó á cogerlas lo más aprisa que pudo.

—Necesito un collar—dijo—y como las perlas son pequeñas, tomaré muchas.

Cuando tenía bastantes para el collar, quiso algunas para una diadema, después para brazaletes, luego para un cinturón-joyel, enseguida para adornar el vestido de boda, para anillos, pendientes y medallones, y, como es natural, para dobles aderezos correspondientes á cada traje, para regalar á sus damas, y en fin, para su uso particular; de suerte, que aunque empleó toda la noche cogiendo perlas, no había reunido la mitad de las que deseaba al aparecer la aurora.

Cuando el Rey oyó que la Princesa se había perdido, se puso muy triste.

Preguntó al Reyezuelo, pero todo lo que éste sabía era que la Princesa estaba en su cuarto cuando él echó á volar, y que no estaría lejos de allí cuando él volvió.

Ninguna otra cosa sabía, y sólo era cierto que la Princesa no había pasado la noche en el Palacio.

El Rey, su padre, estaba trastornado de pena, y el Rey de las islas de Diamante, que justamente había llegado para casarse con la Princesa, perdió de repente el apetito y cayó en una gran turbación.

El Rey envió mensajeros á buscar á su hija en todas direcciones.

Los mensajeros recorrieron toda la comarca, y al fin la encontraron muy cansada y mucho más hambrienta, pero cogiendo siempre perlas.

Cuando quisieron llevarla al Palacio, les contestó que no le hablaran de ello, y que fueran á decir al Rey que élla tenía aún que recoger algunas perlas ántes de poder dejar aquel sitio.

El Rey se sorprendió cuando los mensajeros volvieron sin la Princesa y le dijeron dónde la habían encontrado, qué estaba haciendo y qué es lo que había dicho.

—¡Perlas! —dijo el Rey, ¿y para qué necesita élla perlas, cuando se vá á casar con el Rey de las islas de Diamante mañana mismo? Es preciso que yo vaya á ver lo que es eso.

Pero cuando el Rey fué y encontró á la Princesa y vió todas las perlas que había amontonado y todas las que aún estaba cogiendo; cuando élla le dijo que si se separaba un momento de aquel sitio nunca podría tener una perla más, él pensó que sería una lástima no dejarla coger todas las que pudiese.

—Bien, querida—dijo á su hija—hablaré al Rey de las islas de Diamante para que espere un día ó dos, y entre tanto puedes continuar cogiendo perlas. Y creo que para evitar accidentes, debo llevarme todas estas y guardarlas para ti bajo llaves y cerrojos.

La Princesa convino en ello.

El Rey recogió todas las perlas que estaban amontonadas, y las encerró en una gran caja que tenía en el Palacio.

Habló también con el Rey de las islas de Diamante—quien recobró su apetito al saber que la Princesa estaba segura—para que esperase unos días por ella.

El Rey de las islas de Diamante murmuró un poco; mas por agradar á su suegro, contestó que esperaría otros siete días.

Pero, trascurrida la semana, la Princesa dijo que aún no tenía bastantes perlas, y persuadió al Rey de las islas de los Diamantes á que esperase una semana más.

Y así continuaron las cosas una semana, y otra y otra; la Princesa recogiendo perlas, y el Rey, su padre, llevándolas y encerrándolas, y nunca creían tener bastantes, hasta que el Rey de las islas de Diamante,

cansándose ya de esperar, se marchó una mañana sin decirles adios.

Á la verdad, fué en busca de la Reina de la Esmeralda, con quien se casó aquella misma tarde.

El Rey se resintió, y la Princesa lo sintió un poco; pero pensó que sólo necesitaba coger más perlas para indemnizarse de todos los diamantes que había perdido.

Así es que continuó cogiéndolas, y cuando tenía un buen montón, las llevaba en un gran saco y las guardaba, hasta que al fin todas las cajas estuvieron repletas, y un día creyó conveniente ver cuántos miles de perlas poseía.

Abrió, pues, una caja, y desatado un saco, sólo salieron muchas gotas de agua, que todas se desparramaron por el suelo.

— ¡Bondad divina! — exclamó el Rey — ¡aquí hay algun engaño!

Abrió otro saco, y salieron más gotas de agua.

Y un saco, y otro, y todos, y todas las cajas estaban llenas de gotas de agua, sin que entre todas ellas se encontrase una sola perla.

Porque eran perlas sólo para la Princesa, pero no para los demás.

Cuando el Rey vió aquello, y que todo había sido un engaño, sintió tal rabia interior, que tuvo un ataque, del que murió al siguiente día.

La Princesa se entristeció mucho por la muerte de su padre, pero sostuvo que las perlas eran perlas verdaderas, y continuó cogiéndolas al pie de la roca.

Allí está todavía, reuniendo cuantas puede, y cree que nunca tiene bastantes.

Cuando el Reyezuelo volvió otra vez al bosque, el Hada estaba sumamente incomodada con él por haber hecho conocer la fuente á la Princesa; pero el avecilla suplicó tanto por merecer el perdón, que el Hada le dijo:

— Bien, te perdono una vez más; pero para que no vuelvas á andar con chismes, te quedarás para siempre en el bosque conmigo.

Así, mientras la Princesa está cogiendo perlas al pie de la roca, el Hada y el pájaro juegan con las que produce la fuente; pero nadie sabe en qué bosque está esa fuente, ni en qué montaña crece aquel bosque, ni en qué parte del mundo se halla situada aquella montaña.

E. B. y S.

LA CARIDAD

I

Está espirando la tarde
En los brazos de la noche:
Por el valle se perciben
Ayes y roncós rumores,
Y vagas sombras circulan,

Y suenan siniestras voces,
Y sólo muertos se encuentran
En la llanura y el monte.
El humo que se levanta
En diversas direcciones
Es el rastro del incendio
De las mieses y las trojes.
Allí un soldado sucumbe
Sin amparo de los hombres;
Allá, en la humilde cabaña,
Un viejo, de aspecto noble,
Postrado en lecho de esparto
Grita y llora..... y nadie le oye;
Un desventurado niño
Huye sin saber á dónde,
Y una pobre madre llama
Al hijo de sus amores.
Oscuro está por do quiera
El confin del horizonte,
Y en cuanto abarca la vista
Todo es sangre, todo horrores.....
.....Que allí se hospedó la guerra,
El peor de los azotes,
Y de la aldea y el valle
No quedará ni aún el nombre.

II

Muere la noche sombría
Deslumbrada por la aurora;
El valle aquel devastado;
Las casas, blancas palomas,
Que perecieron al choque
De las sanguinarias hordas,
Han renacido; al reflejo
Del sol, que las cumbres dora,
Se ven mancebos robustos
Y muchachas bulliciosas,
Unos hacinando espigas
Con ayuda de las otras.
Cae el agua de los toscos
Canjilones de la noria,
Y el humo que ahora se eleva
En mil pintorescas formas,
No nace ya del incendio,
Sinó que, compacto, brota
De las blancas chimeneas
De las campesinas chozas.
El soldado aquél herido,
Y la madre que le adora,
Y aquel niño sin amparo,
Junto al anciano se postran,
Y á Dios dirigen los ojos,
Y le bendicen, y lloran.....
.....Que allí acudió, como siempre,
La Caridad bienhechora,
La que socorre al herido
Y al enemigo perdona,
La que alivia la miseria,
La que, padeciendo, goza,
La que es modesta y oscura,
Y pródiga y cariñosa:
¡La caridad! ¡flor preciada
Trasplantada de la gloria,
Como ejemplo de la inmensa
Divina misericordia!

Ricardo Sepúlveda

NUESTRO GRABADO

N Las dimensiones de la Revista por un lado, ni nuestros escasos conocimientos por otro, nos permiten hacer una descripción detallada y completa del grandioso edificio cuya fachada principal representa el grabado que hoy ofrece-

mos á la consideración de nuestros jóvenes lectores.

Así es que tenemos que limitarnos á presentar un pequeño bosquejo del mismo, para dar una idea, siquiera sea breve, del conjunto y de sus partes.

El día 8 de Julio de 1401 tomós el acuerdo de edificar la magnífica Catedral de Sevilla, quedando, allá por los años 1472 y siguientes, bajo la dirección de los maestros Juan Hermán, Pedro de Toledo, Francisco Rodríguez y Juan Flores. Después continuaron dirigidas exclusivamente por el maestro Ximon hasta el año 1507.

Adornáronla sucesivamente con soberbias esculturas, Pedro Millán, Miguel Florentín y Jorge Fernández Alemán, terminándola el de Rojas con la colocación de Santos, Apóstoles, Profetas, etc. El 28 de Diciembre de 1511 se desplomó en masa la colosal rotonda.

Sobre planta cuadrilonga se alza el templo, que mide de E. á O. unos 398 piés, y 291 de N. á S. Tiene nueve puertas en distintos lados y cinco naves, de las cuales, la principal consta de ocho bóvedas, ocupando el frente de la capilla mayor grandioso retablo de estilo ojival. Al grupo de las iglesias ojivales pertenece la basilica, que cuenta con un coro de 127 asientos, cuya reja está bellamente adornada segun el estilo plateresco.

En las naves de la iglesia levántanse 37 capillas y altares. Al lado del E. de la Catedral se encuentra la Real capilla, á la que se entra por un cuadro de 86 piés de altura, cuajado de estatuas y magníficos adornos.

La arquitectura romana y el estilo plateresco dominan en todas las capillas. Allí están los sepulcros de Alfonso X y doña Beatriz.

Como para describir bien este monumental edificio arquitectónico necesitaríamos casi todas las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, hacemos aquí punto final, no sin reproducir la elocuente frase que se escapó de los labios del eminente tribuno don Emilio Castelar cuando contempló por vez primera el asombroso aspecto que presenta el conjunto de la hermosa Catedral:

«Ahora— dicen que dijo— ahora sí que siento correr por mis venas la emoción penosa del sublime.»

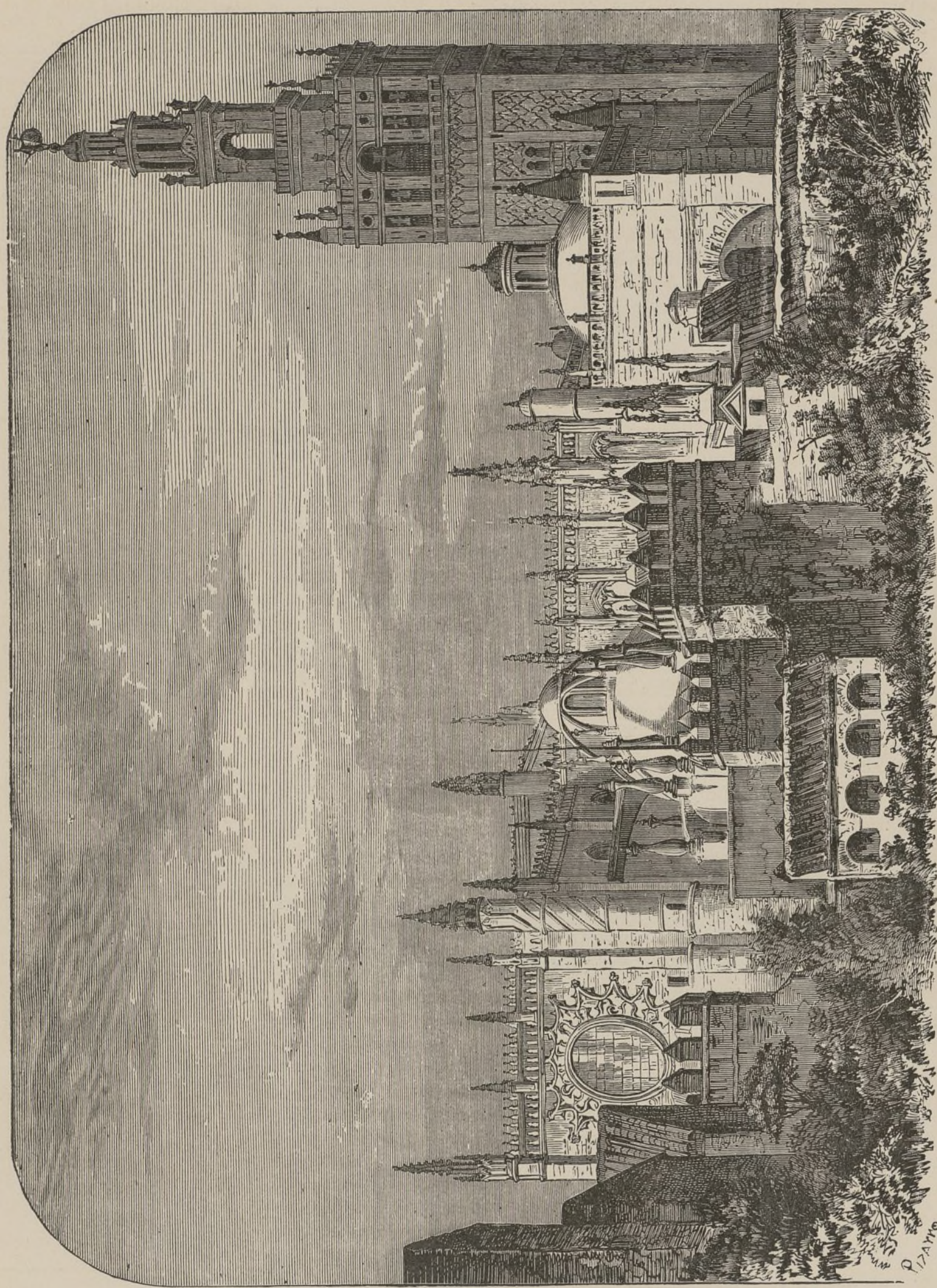
E. B. y S.



UNQUE ya algunos de nuestros lectores conocen la última preciosa composición que ha escrito S. A. R. la augusta Infanta Doña Paz, la reproducimos con el mayor gusto, seguros de que apreciarán los rasgos tan notables que posee y el sentimiento que toda ella respira:

DESPEDIDA

Hoy, Alfonso, al alejarme
De esta tierra bendecida,
Es una la despedida



Vista de una de las fachadas de la Catedral de Sevilla

Á mi pátria y á mi hogar;
España y tú en mi cariño
Siempre juntos habeis ido;
Pues tengo de tí aprendido
Cuánto se la debe amar.

Aún era yo tierna niña
Cuando, al salvar la frontera,
¿Te acuerdas? por vez primera
Te ví afanoso llorar.
¡Ay! comprendí lo pasado;
Mas, al mirarte anhelante,
Escrito ví en tu semblante:
«Hay que volverla á ganar.»

Y á tu edad, como ninguno,
Trabajaste con desvelo,
Alivio siendo y consuelo
El estudio á tu dolor;
Y con la pátria soñando,
Que nos pintabas tan bella,
El hacerte digno de ella
Era tu anhelo mayor.

Al fin, valientes caudillos
En Sagunto te aclamaron,
Porque digno te juzgaron
De regir esta nación
Á España entónces volaste,
Que ya te necesitaba,
Y que la paz esperaba
De tu régio corazón.

¡Ah! cuántos dulces recuerdos
Llevo siempre en la memoria;
Ellos mi encanto, mi gloria
En tierra extraña serán.
Aquellas tardes de estío
En que al campo nos llevabas,
Y la guerra nos contabas,
Para mí no volverán.

Con qué orgullo referías
Del soldado lo valiente,
El tuyo, como el de enfrente,
Siendo españoles los dos;
Que en la Península ibera
Es general la hidalguía,
Y nunca la cobardía
Aquí la permite Dios.

En esas horas serenas
De dicha y melancolía,
El arte y la poesía
Á tu lado comprendí;
Así, rindo hoy á tus plantas
Los lauros que he recibido,
Pues todo lo que he aprendido
Te lo debo, hermano, á tí.

Colmando tantos favores,
Hoy, que va á darme su nombre
Un claro Príncipe, un hombre
De su egregia estirpe honor,
Al ára santa me lleva,
Para que con él unida,
Tejamos ambos la vida
Con la virtud y el amor.

Cuando me fije en la luna
Desde horizontes lejanos,
Pensaré que mis hermanos
También contemplan su luz;
Ya en la cantábrica playa,
Ya en el solar de Castilla,
Del Tajo en la verde orilla
Ó en el jardín andaluz.

Y toda mi hermosa tierra
Evocará el pensamiento
Soñando con el momento
De verme otra vez aquí.
Á mi dulce pátria, en cambio,
Y á Alfonso, que le está unido,
Tan sólo una cosa pido:
¡Un recuerdo para mí!

EXTRACTO DEL DISCURSO

DE

EXCMO. SEÑOR DON VÍCTOR BALAGUER

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DIA 25 DE FEBRERO DE 1883

SEÑORES ACADÉMICOS:

A vuestra bondad, que no ciertamente á mis merecimientos, por demás escasos, y á otro móvil quizá también, en vosotros patriótico y levantado, al deseo de que pudieran tener aquí legítima representación las literaturas regionales que son honor y timbre de nuestra pátria española, es solamente á lo que debo, suma gloria para mí, la honra de presentarme á ocupar hoy el sillón en que el ilustre académico *D. José Selgas y Carrasco* hubo de sentarse un día, con aplauso tan universal y solemne, como unánime y profundo fué el duelo que por su muerte sintieron, y sienten todavía, y aún han de sentir todavía más, las letras nacionales....

Fué escritor correcto, hablista puro, poeta gallardo, prosista superior, selecto literato, de agudo ingenio y ática forma. Nació para vivir siempre. Su nombre quedará consignado en el libro de honor de nuestra literatura, que no es fácil, ni posible escribir la historia de nuestras letras sin recordar al que en poesía contendió con los primeros, al que sobresalía como prosista entre los de más talla, y al que inició en España un género que alcanzó propaganda y tiene escuela.

Pertenecía *Selgas* al reducido número de los que piensan y escriben, no con el ajeno, más con el propio discurso, y era de aquella singular progenie de literatos á quienes el voto público otorga derecho de ser alzados sobre el pavés.

Indiqué ántes, señores académicos, cuál debió ser el secreto que en vuestra bondad pudo influir para señalarme asiento á vuestro lado, ya que por propios méritos no lo tuviera, y esto me induce á escoger, para proposición de este acto, un tema que nos obligue á discurrir sobre el significado é importancia de las literaturas regionales, y á examinar un grave problema, á cuya resolución hay que ir con inflexible, pero prudente firmeza.

Aquéllos yerran que al escribir la historia de las letras españolas reducen todas sus glorias á la literatura castellana.

Eximia es ésta y superior, como puede serlo la primera y más principal del mundo, en el que acaso no reconoce rival; basta ella sola para gloria de una nación, siquiera sea ésta la poderosa España; pero mayor ha de ser el timbre y más de envidiar el lauro, si ya con cinco literaturas, que no con una

sola, puede nuestra nación presentarse á contender en el palenque ó concurso de las naciones literarias.

Las provincias catalanas, con Valencia y las Baleares, tienen una literatura.

La tienen los eúskaros, los gallegos y los astures.

De estas literaturas, llamémoslas regionales, no se dice tal vez todo lo que se debiera, por lo mucho que éllas valen y merecen. Es, quizá, que son poco conocidas, y, por lo mismo, poco estudiadas.

Prescindiendo aún de la lusitana, que en el haz se encuentra de las glorias y de las literaturas ibéricas, no se pueden pasar en silencio esas otras que escritas están en lenguas que no dejaron de contribuir, y poderosamente alguna de ellas, á formar la hoy magistral y solemne lengua castellana.

Esto sucede al bable, al gallego, al mismo catalán, este último en su calidad hereditaria del provenzal, aún cuando no así suceda con el eúskaro, que, por una especie de milagro, cuando no sea por una gran fortaleza y conciencia de superioridad, vive independiente, primitivo y libre, sin trato, ni roce, ni confianza con sus vecinos, en medio de todos esos dialectos romances que se formaron al descomponerse la lengua del Lácio.

De cualquier manera, glorias españolas son, y legítimas, y puras, como de patriarcal y honrado abolengo todas.

¿Qué nación, por opulenta y poderosa, dejaría de aceptar como joyas de su literatura nacional esas bellas poesías en todos géneros, y en los diversos dialectos de la lengua eúskara escritas, que anuncian una robusta vitalidad poética en la raza varonil de esos hijos de Aitor, que se llaman, y lo serán sin duda, los últimos iberos, y que pretenden tener, y acaso la tengan, una lengua prehistórica, no por ménos conocida más desdeñada, ni por más desdeñada menos maravillosa?

El movimiento literario de la moderna Euskaria, pueblo de aborrecida historia, se revela con todo el vigor de la juventud y de la lozanía.

Cataluña llevó á aquel país la institución de los Juegos Florales, y esos certámenes literarios dieron vida y actividad á toda una raza de poetas que indolente permanecía, ó dormida, en aquellos rientes y pintorescos valles, tan á menudo cruzados por arroyos de sangre fraternal, que el mar Cantábrico besa con sus espumas oceánicas y cierra el abrupto Pyrene con sus ríscas soledades.

No blasona de remota antigüedad la poesía eúskara; moderna es, de nuestros días; pero sus poetas están cortados á la antigua; nacen formados y adultos, con los bríos mismos y desfuegos que pudieron tener los autores de aquel famoso *Canto de Altabiscar* que podrá ser más ó ménos antiguo, lo cual no es para debatir en este instante, pero que, más antiguo ó más moderno, es un monumento de gloria con sobra de ésta pa-

ra enriquecer á toda una série de generaciones literarias.

Más justas pretensiones tiene á la antigüedad la literatura gallega. Sus títulos son legítimos, sus blasones honrosos, heredada su historia, puras sus tradiciones; y su idioma, el más dulce acaso que se conozca para cantar las tristezas y dolores de un alma herida, podrá ser efectivamente un dialecto, como se empeñan muchos en llamarle, pero es el dialecto al que cabe la honra de haber engendrado la lengua portuguesa. En habla gallega cantó sus loores á la Virgen Soberana el Rey D. Alfonso X con sus inmortales *Cántigas*; en habla gallega moduló sus dulces endechas de amores el triste Macías, y en habla gallega probó á escribir la primera, y, por consiguiente, más antigua poesía que puede presentar la historia literaria de estos reinos, el trovador provenzal Rimbaldo de Vaqueiras.

La moderna literatura gallega, por lo que toca á su lírica especialmente, tiene ya derecho á ser reconocida y honrada.

Al escribir los fastos de nuestras modernas letras españolas no se puede prescindir de dar ya á esa literatura el puesto de honor que le corresponde, digna y gallardamente conquistado por los hijos del Miño en obras superiores y valiosas, algunas de las cuales están destinadas á alcanzar la vida que el tiempo concede á lo que es merecedor y digno de vivir con él.

Al otro lado de los montes Herbáseos existe un pueblo á quien dá singular origen una tradición poética. Cuéntase que, cuando la destrucción de Troya, la Aurora, deshecha en lágrimas, envolvió bajo los pliegues de su intensa cabellera al griego Astur y á sus compañeros, y hurtándolos al desastre, los trasladó á una comarca ibérica, orillas de un río que de su nombre se llamó Astura, y hoy es el Ezla.

Esta raza, de tan literario origen, milagrosamente escapada á la destrucción de Troya, es la que estaba predestinada á salvarlo todo en España, después de la sangrienta rota á orillas del Guadalete: independencia y libertad, leyes y culto, lengua y literatura, historia y honra.

No estoy llamado aquí, ni es esta tampoco la tribuna propia, á cantar las glorias del pueblo astur. Consignadas están en nuestros pátrios anales. Favorecidos por esa vertiginosa rapidez con que domina el valor, comparable sólo á la ciega premura con que se impone el miedo, se apoderaron los árabes de nuestra Península.

Todo sucumbió ante ellos, todo ante ellos hubo de postrarse, ó decadente ó medroso, excepción hecha de un puñado de montañeses que, recogidos en las asperezas del Auseba, y apellidando pátria, alzaron con alentoso empeño el Trono que legar debían luego á Leon y á Castilla, y con él la lengua y el culto, las leyes y las costumbres de los vencidos.

Conforme iba aquella nacionalidad vale-

rosa extendiendo los aldaños de la Monarquía, así iba adelantando la lengua y aceptando gran copia de modismos y de frases orientales, al propio tiempo que, como luego he de consignar, admitía también la influencia provenzal que ella logró ingerirse, merced á la importancia que aquella literatura tomó en la corte de los Reyes y en las congregaciones de los pueblos castellanos. Pero mal avenidos andaban con esto los indomados astures, que tenían á honra no confundir su lengua con la de los árabes, como no habían querido aceptar el roce con sus huestes, á las cuales opusieran por valladares, todavía más ariscos é inexpugnables, los de sus desnudos pechos y de sus recios propósitos.

Hay otra lengua y otra región españolas cuya literatura viene hace siglos coexistiendo con la castellana.

Desde los límites del antiguo *Templum Veneris* de los romanos, hasta llegar á las que fueron fronteras del reino de Granada y de las Alpujarras, costeanado siempre el Mediterráneo, que es el mar de nuestras tradiciones; desde la primera fortaleza que en un estribo de los Pirineos orientales alzaron aquellos héroes de la Reconquista, coincidentes con los astures, y á quienes se llamó los *Barones de la fama*, hasta el primer presidio que adelantando á sus fronteras sobre el mas latino tenían los árabes; en una palabra, desde el cabo de Creus hasta el de Palos, ocupando el Este de España, y salvando el mar para espaciarse en las florigeras Baleares, se extiende, con sus varias ramificaciones y dialectos varios, la lengua que tuvo su origen literario en la de aquellos trovadores provenzales que, adelantándose seis siglos á esas mismas ideas de libertad, de civilización y de progreso que informan hoy los Códigos de los pueblos más avanzados y liberales, las proclamaron desde su tribuna de Tolosa, la Atenas oceánica, y las mantuvieron con su sangre y con su vida en los campos de Muret y en las hogueras de la Inquisición.

Mantenedor de esa lengua de España es el pueblo que vive á orillas del mar azul, acariciado por sus dulces brisas, fortalecido por sus heroicos y populares recuerdos, con sus tradiciones helénicas y románicas, y á la sombra protectora de las dentelladas crestas del histórico Monserrat, donde tiene la casa solariega de su religión y de su lengua, de su independencia y de sus leyes, donde está, con el santuario de su Virgen querida, la *Morenita de las montañas*, el santuario también de sus glorias: que si en lejanos tiempos el Monserrat pudo ser propugnáculo de los reconquistadores de la tierra, en los nuestros ha sido muro infrangible que por virtud ha detenido el empuje de los batallones imperiales que pretendían arrebatár á España su gloriosa independencia.

Bién hallado con sus tradiciones y su lengua, vive allí un pueblo austero en sus

costumbres, firme en sus propósitos, sóbrio en sus apetitos, rebelde á la imposición si á la amistad sumiso, como su idioma severo, avaro de frases, aunque no de favores, emprendedor y valeroso, porfiado en el trabajo, que es para él un culto, y tan amante de su tierra, que aún cuando por ventura se ausente empujado por azares ó solícito de medros, á ella vuelve siempre para hacerla heredera de sus bienes y tumba de sus huesos.

Á este pueblo pertenece la literatura levantina que, con su moderno y extraordinario renacimiento, llama hoy poderosamente la atención de los extranjeros que acuden diligentes á estudiarla.

Ahora bien, señores académicos, ¿á qué obedece el despertar de nuestras literaturas regionales?

Hoy se mueven y se agitan, llenas de vida, de actividad, de movimiento, esplendentes de luz, de arte, de brillantez, de irradiación y de colores.

¿Á qué ley histórica, á qué principio, á qué sentimiento ó á qué instinto puede obedecer esto?

Por ley natural del progreso, las sociedades humanas tienden á la unidad. Así se han ido formando las grandes naciones, España, Francia, Alemania, Italia.... Así se formará, ó por mejor decir, volverá á formarse un día la Península ibérica.

Cuando nuestra nación tiende, pues, á extender sus fronteras y sus horizontes, ya que en justicia debemos abrigar el generoso pensamiento de la nacionalidad ibérica, y el latino propósito de repetir algún día, con respecto al África, el inmortal *teneo te* de Scipión el Africano, ¿cómo se explica que las literaturas regionales, y hasta el espíritu regional, se levanten soberbios, en son de independencia, que algunos traducen, ó incautos ó malévolos, por separatismo?

¿Cómo se explica que regiones determinadas, en su habla regional, invoquen su historia y su pasado, levanten el ánimo de sus compatriotas, y aspiren á tener una literatura propia, emancipando, digámoslo así, su pensamiento y su lengua del pensamiento y de la lengua oficiales, aún reconociendo todo el peligro de la emancipación del pensamiento en literatura, que es el síntoma más característico de la nacionalidad, aún reconociendo todo el peligro que hay en el uso de la lengua propia regional, ya que la lengua es la pátria?

Pues esto tiene fácil explicación. No la busquemos, que bién pudiéramos, en la natural ingénita propensión del individuo á recordar su pasado, la casa de su infancia, el nombre de sus padres; de las familias á memorar sus blasones solariegos y su linaje; de las corporaciones á sostener sus fueros y privilegios; de los pueblos á celebrar sus fastos tradicionales.

No la busquemos tampoco, que bién pudiéramos también, en la sospecha de que las antiguas nacionalidades históricas, ma-

avenidas con una organización exageradamente centralizadora y uniforme, buscan en las tendencias literarias lo que otras corrientes no pueden ni deben procurarlas.

Busquémosla en la ley natural, en la ley eterna, la cual hace que, así como los cuerpos celestes están sometidos á dos fuerzas mayores ineludibles, la de atracción y la de repulsión, así las sociedades humanas obedecen á dos impulsos contrarios, la unidad por un lado, la independencia por otro, ambos antitéticos, y ambos, no obstante, necesarios, como que son elementos de vida y de progreso.

Tiene, sin embargo, un peligro la unidad, el de la uniformidad; como también un peligro la independencia, el de la licencia.

Si la unidad es uniformidad, fácilmente puede convertirse una nación de hombres libres en una nación de siervos, y el siervo no tiene más lengua que la de su amo ni más patria que el suelo pisado por las plantas de su señor.

Si la independencia es extrema libertad, ataca al derecho, y al atacar el derecho provoca la lucha, y la lucha es la guerra, la guerra civil, la mayor y más ruinosa de las guerras, el suicidio de la patria.

La misión del legislador, en nuestros pueblos de raza latina sobre todo, está en hallar la forma que ponga de acuerdo la independencia con la unidad, equilibradas entrambas dentro de la armonía.

No hay que olvidar que la ley de variedad es ley de vida, y por lo mismo necesaria, pero en cuanto no atente á la armonía, que es también otra ley de vida.

Permitidme una comparación, demasiado vulgar tal vez: cuanta más numerosa y más varia es la diversidad de voces en un coro, más compacto resulta, más poderoso y fuerte, por virtud de la unidad y de la armonía.

Así, todas las pasiones y sentimientos humanos, por vários y contrapuestos que sean, están dentro de una sola vida; así van á parar los ríos al seno de una sola mar, y al de una sola muerte los mortales.

Lo que debe hacerse en política, hacerse debe en literatura, que tal es la condición de nuestra España, literaria y políticamente considerada, ya que resulta verdad en lingüística lo que resulta tal en política.

Cuanta más vida, y más vigor, y más entusiasmo, y más amor provincial ó local haya en los Municipios, más vida y más fuerza nacional tiene el país.

La nación es mayor cuanto mayores y más poderosas sean las provincias.

Así es la literatura.

La lengua oficial ó nacional tendrá mayor fuerza, y más virtud ha de tener, cuanto mayor la tengan las regionales; que en éstas, no en las extranjeras, ha de ir á buscar los vocablos, las frases, los modismos que para su perfección y belleza le falten.

Esto intentó un día el ilustre Jovellanos,

quien tuvo la idea de formar un Diccionario del dialecto asturiano, llegando á publicar el plan de esta obra, que malaventuradamente no pudo realizarse.

Era proyecto de aquel exclarecido patrio contribuir con este propósito á enriquecer la lengua castellana, á fin de que ésta no se hiciera tributaria del extranjero aceptando frases, modismos, y vocablos allegadizos y extraños, cuando mejores y más propios, y nacionales sobre todo, podía proporcionárselos el habla asturiana.

Lo que con respecto al bable quería llevar á cabo Jovellanos es lo que en más modernos tiempos realizó, con respecto al aragonés, un eminente literato, correspondiente vuestro en Zaragoza, señores Académicos, cuya muerte ha dejado en la región de las letras aragonesas un vacío que difícilmente podrá llenarse. Me refiero al Sr. D. Jerónimo Boráo.

El desarrollo de las literaturas regionales, en mi opinión al menos, es la aurora de un día espléndido para España, y sobre todo para la lengua y la literatura castellanas que están destinadas á recoger el fruto y la herencia, y que hoy sobresalen, luminosas y atractivas, ensalzadas por extraños, lo cual es algo más que por propios, y tan seguras de las glorias históricas de su pasado, como de las esperanzas legítimas de su porvenir.

De esa lengua y de esa literatura castellanas nada ó poco al menos he de decir por mi parte, cuando todo lo dicen ellas por sí, cuando aquí estais reunidos en solemne Areópago, todos vosotros los ilustres del país; aquellos que por haber sido sus apóstoles y misioneros, hoy sois sus escogidos y custodios.

Reconociendo por madre la lengua latina, que es la misma que tenemos todos nosotros, portugueses, castellanos y catalanes; aceptando el mismo origen y teniendo la misma tradición, la lengua castellana arranca un día de la cordillera cantábrica para ir avanzando, compañera fiel de la Monarquía, hasta llegar á aposentarse en el corazón de España, desde donde, prolongándose por la Reconquista hasta Tarifa y Cádiz de un lado, y por la paz hasta Huesca y Jaca de otro, partiendo la Península en dos mitades, y extendiendo sus brazos para alcanzar con uno el Océano en Santander y con otro el Mediterráneo en Málaga, hace á todas aquellas regiones y á entrambos mares tributarios de Castilla.

No satisfecha aún, un día parte de Palos con Cristóbal Colon para cruzar los tenebrosos mares y ser así la primera que aprenda el Nuevo Mundo al nacer á la vida de la comunidad y del progreso; otro día acompaña al Gran Capitan en sus jornadas de Italia; sigue luego á los ejércitos conquistadores de Carlos V; y ya, más tarde, con Cervantes, con Lope de Vega y con Calderón de la Barca, se hace admirar y aplaudir en todo el orbe.

No ofrece duda para mí, aún cuando lo contrario afirmen opiniones muy respetables, que si debe la lengua castellana muchas de sus excelencias y primores al influjo de los árabes, no debe menos tampoco á la influencia provenzal, ni es esta menos eficaz en ella. Con particular empeño y con patriótica insistencia se ha querido negar esto último. En mi sentir, no puede sostenerse lógicamente esta opinión, pues la evidencia demuestra lo contrario.

Pudo dar origen á esta idea un noble sentimiento patriótico, ya que, hasta muy modernos tiempos, y también por autores respetables, se ha confundido el provenzal ó lemosin con el francés, haciéndolos sinónimos, cuando nada tuvo nunca que ver la lengua de *oc* con la de *oïl*, y cuando solo después de medio siglo de heroica resistencia, pudo el francés dominar la Provenza, no sin tener que concluir antes con la lengua, con la literatura y con la nacionalidad de los provenzales.

De la influencia que éstos pudieron tener en la lengua y literatura castellanas no sabemos aún lo bastante, pues la oscuridad de aquella época y la falta de documentos nos cierra todo horizonte; pero á medida que vayan avanzando las disquisiciones filológicas á que con serena meditación y profundo estudio se entregan hoy algunos sabios de aquende y allende los Pirineos, podremos llegar á fijar nuestra opinión sobre este punto harto difícil.

(SE CONTINUARÁ)

EL SANTERO

FÁBULA

Á cierta romería,
sobre una dócil mula caballero
iba en Andalucía
un pícaro Santero,
que de cada espolazo
al animal sacábale un pedazo;
y mientras, cariñoso, le decía:
«Corra, que su cachaza me atribula,
corra, por caridad, hermana mula (1).

Faz de paloma, corazón de arpía,
palabras de ángel y obras de demonio;
tal es, sin levantarle testimonio,
la pérvida, la vil hipocresía.

J. Eugenio Harzenbusch

(1) Verso de Lope de Vega.

MADRID --1883

IMPRESA DE P. NOZAL

CALLE DE LAS HUERTAS, 59